

EI
MINISTERIO
Adventista

AÑO 20

MARZO - ABRIL DE 1972

Nº 116



**NUMERO ESPECIAL DEDICADO
A LAS INSTRUCTORAS BIBLICAS**

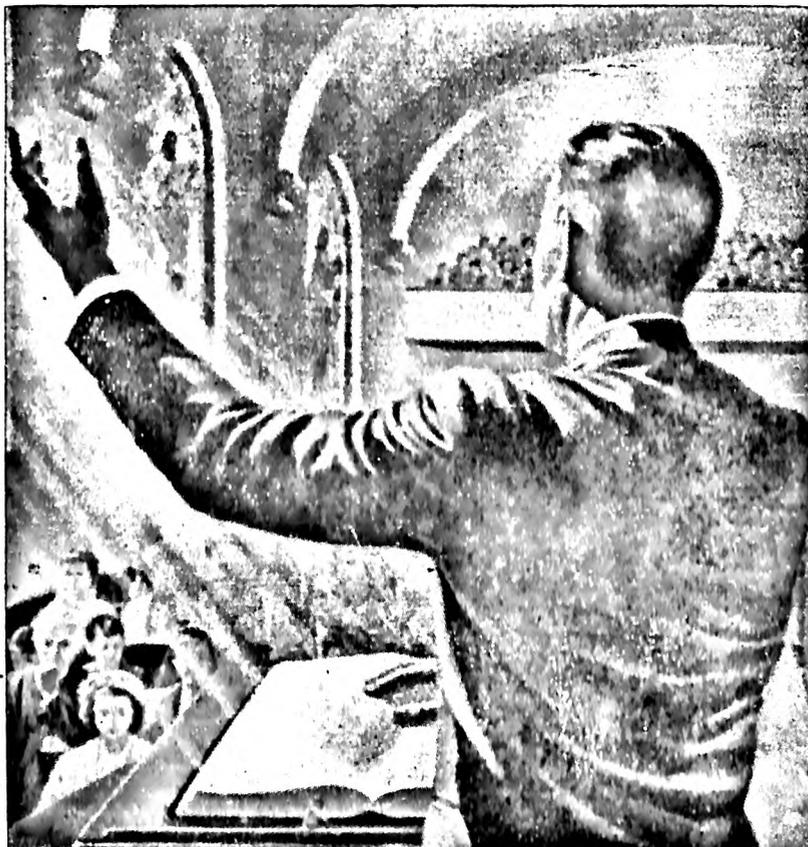
*¿Está Ud.
Preparando
la Primera
Ofensiva
Evangélica
del Año?*

Recuerde:
del 26 de marzo al 1º de abril

SEMANA SANTA

En 1971 el plan fue un éxito.
En 1972 debe ser un éxito aún mayor.

¡De usted depende!



alcanzar". Y concluye diciendo: "Se necesita su trabajo" (*Id.*, pág. 304).

El trabajo de la instructora bíblica no es fácil. Es cierto que reporta satisfacciones como ningún otro, pero se necesita para él "mujeres de principios firmes y de carácter decidido", con "mucho gracia, mucha paciencia y un acervo siempre creciente de sabiduría" (*Id.*, págs. 313, 308).

Tal vez ésa es la razón por la que en un ejército de 4.298 obreros que tenía la División Sudamericana en 1969, sólo 23 eran instructoras bíblicas, o que haya habido en la misma fecha sólo 16 en un grupo de 3.620 obreros en la División Interamericana.

Tal vez eso explica por qué en la División Norteamericana mientras el número de obreros subió de 18.911 a 28.287, entre 1961 y 1969, el número de instructoras bíblicas haya bajado de 108 a 99. . . En el mismo período ocho pasaron a disfrutar de la jubilación, pero al parecer no fueron reemplazadas.

Por la calidad del trabajo que hacen, el número de instructoras bíblicas debería aumentar año tras año. Son de valor incalculable, especialmente en las ciudades. La Hna. White dice que "si hubiera veinte mujeres donde ahora hay una, que hicieran de esta santa misión su obra predilecta, veríamos muchas más personas convertidas a la verdad" (*Id.*, pág. 309).

Hace algunos meses hicimos un pedido a las instructoras bíblicas de la División Sudamericana. Les escribimos solicitando nos indicaran qué espera una instructora de un pastor. Recibimos una cantidad de respuestas, las que estudiamos a fondo para obtener conclusiones. El resultado de ese estudio está en otras páginas de esta revista, y es un material que todo pastor debería leer con detenimiento y oración.

¿Qué podemos hacer para que la carrera de instruir a hombres y mujeres en el camino de la verdad pueda ser más atractiva y que veamos más y más hermanas dedicadas a realizarla?

En primer lugar, deberíamos conservar las instructoras que tenemos,

la mayoría de las cuales tienen una amplia y profunda experiencia en la obra personal. Lo haremos reconociendo los buenos servicios prestados por ellas. "Una palabra de reconocimiento hace más bien que mil de reprensión", dijo alguien por allí. Tal vez sea cierto. Algunas instructoras han manifestado que sienten un vacío en ese aspecto. Una contestó a la entrevista diciendo que su jefe parecía considerarla sólo como una "fabricante de bautismos". Otra expresó que "somos humanos y cuando se hace lo mejor dentro de nuestras capacidades, nos gusta que nos alienten manifestándolo personalmente o por escrito. . . Eso da valor para la lucha".

La última frasecita es especialmente significativa. En la obra personal hay satisfacciones enormes, hay momentos de verdadera euforia. Pero hay momentos de tristeza y desazón. Un instructor bíblico a quien conocimos era el símbolo del optimismo. Suciera lo que sucediese estaba siempre animado y llenaba a otros de entusiasmo. Pero un día lo vimos llegar abatido y decaído. . . "¿Qué ha pasado?", le preguntamos. "¿Se acuerda de aquellas tres señoritas que venían a todas las conferencias y que se sentaban en la primera fila? Hoy me devolvieron las Biblias diciendo que no asistirían más ni seguirían los estudios". "¿Cuál es la causa?", volvimos a inquirir. "Visitaron al sacerdote y éste les prohibió seguir asistiendo". "Pero —agregamos—, ¿no estaban tan animadas?" "Sí, ellas me dijeron que jamás habían aprendido tanto de religión como en estos últimos días, que estaban encantadas, pero que no querían contrariar al sacerdote". Y aquel instructor, que había capeado todos los temporales, se sentía abatido.

No es ése un caso único. Las instructoras lo enfrentan a menudo. Cuántas veces ven que las "aves" arrebatan la semilla, o que las "espinas" ahogan la plantita ya lozana, o que el "sol" la quema. Y en esos casos, se necesita valor más que humano. Por eso la sierva del Señor aconsejaba a un pastor, bajo cuya dirección trabajaba una instructora: "Hermano

espero que sea Ud. muy cuidadoso con respecto a la salud de la hermana No le permita trabajar demasiado en una actividad que agota los nervios. Ud. comprenderá lo que quiero decir. . ." (*Id.*, pág. 325).

Una carta recibida hace algunas semanas revelaba esa necesidad: "Me sentí feliz al notar el interés en ayudar a las instructoras bíblicas. Confieso que hace mucho tiempo venía acariciando en lo profundo del corazón el anhelo de encontrar a alguien a quien pudiese exteriorizar algo de la vida ministerial, no tanto para obtener una palabra de aliento como para ayudar a los colegas que luchan en la espinosa y sublime senda de la vida misionera. Pero necesitaba encontrar un corazón comprensivo, lleno de simpatía y amor cristiano. Doy gracias a Dios por la oportunidad que Ud. me concede".

Estimadas hermanas instructoras, este número de la revista de los ministros adventistas latinoamericanos está dedicado a vosotras. Es un sencillo homenaje que rendimos en vuestro honor y como reconocimiento de lo que vosotras significáis para la terminación de la obra. Somos conscientes de las alegrías que experimentáis cuando las puertas de un bautisterio se abren para que un grupo de personas a quienes habéis guiado paso a paso por la senda cristiana, selle su pacto de fe y dedicación al Señor. Sabemos de los abrazos emocionados y muchas veces humedecidos por las lágrimas de alegría, que recibís al final del bautismo, de parte de almas agradecidas. Sabemos también del ansia con que muchos os esperan con sus Biblias abiertas, para que les deis el alimento que anhelan y necesitan. "Cuando ella se va, parece que un ángel se hubiera ido", decía una señora agradecida. Somos conscientes de eso. Pero también sabemos de vuestras luchas, de las caminatas en noches negras y de frío, en busca de interesados en la verdad. Sabemos que a veces os sentís solas y relegadas. Que no os alientan, creyendo tal vez que porque estáis en contacto permanente con la Palabra

no necesitáis del apoyo o reconocimiento humano. Sabemos de los pensamientos que a veces embargan vuestra alma, cuando en un día de fiesta, mientras las oficinas y los negocios están cerrados, y todos pasean libre y despreocupadamente por las calles, seguís trabajando, y sabemos también que a veces un pensamiento de desánimo os embarga.

Pero "la voz de Dios dice claramente 'AVANZA'" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 295). Hay aún almas que alcanzar, hay millones que aún no saben que la cruz se levantó para ellos y que hay un Mediador entre Dios y los hombres que no cobra nada por sus servicios. Vosotras también sois "ministros de la reconciliación" y el príncipe de los pastores es también vuestro Príncipe.

Si alguna vez un pensamiento de frustración o de desánimo os embarga, que la grandeza de la obra a vosotras encomendada os ponga de nuevo un fuego en el corazón y haga huir los malos pensamientos. Pensad que estáis edificando para la eternidad y que cuando los millones de cartas escritas por las secretarias se hayan consumido por el fuego, y los edificios, automóviles y todo cuanto existe haya pasado como estopa, los frutos de vuestras labores quedarán en pie y disfrutaréis durante toda la eternidad del reconocimiento y la gratitud de quienes pudieron huir de la destrucción porque vosotras los habéis llevado a los pies de la cruz. No hay en el mundo tarea más elevada y digna que la de ser un ministro de Cristo. Vosotras lo sois. "Porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel". Esta es vuestra obra. "Porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer en mi nombre". Esta es a veces la copa que debéis beber. Pero aquí está la orden y la gloriosa promesa: "Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente". "He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo".—*Rubén Pereyra*.



El Director Pregunta a una Instructora Bíblica

(Resumen de cartas recibidas)

SOMOS conscientes de la importancia que el pequeño grupo de instructoras bíblicas tiene en la obra de la evangelización. Apreciamos altamente la labor desarrollada por ustedes, y de corazón deseamos que haya más mujeres consagradas enteramente a esta tarea. Quisiéramos que nos ayude a ver este anhelo cumplido. Las impresiones e inquietudes en relación con la obra que realiza serán de mucha ayuda para el cuerpo de obreros que lee estas páginas.

P. ¿Por qué eligió Ud. este trabajo?

R. Porque considero que es el trabajo de vanguardia en la causa. Tal vez no sea el más fácil, pero sin lugar a dudas es uno de los que más satisfacciones duraderas produce.

P. ¿Cuáles son esas satisfacciones?

R. He leído muchas veces aquella declaración inspirada que dice que Cristo hubiera venido al mundo por una sola alma. No creo que sea exagerada. En mi trabajo he visto muchas vidas y hogares rehechos como fruto de la recepción de la verdad. Al pensar en la dicha que significa haber sido el instrumento usado para que ese milagro se realice, considero que los frutos del trabajo efectuado se extienden por años y años en la vida de niños que llegan a ser hombres y mujeres con otra visión en la vida. Además de las consecuencias eternas que esa decisión implica, me hace también pensar que, aunque solamente uno de esos milagros se realice en mis años de trabajo, los sacri-

ficios y desvelos que signifique están por demás recompensados.

P. ¿Cuál ha sido su experiencia al trabajar bajo la dirección de varios pastores a través de los años? ¿Recuerda especialmente a alguno de ellos que se destaque por sus virtudes o por la forma como encaraba su trabajo?

R. Sí. Especialmente el primero con quien trabajé. ¡Qué inspiración fue para mí al comienzo de mi labor encontrar que los interesados se sentían cautivados por la consagración genuina del pastor! Uno de ellos dijo: "Este hombre no podía ocuparse de otra cosa. Nació para ser pastor".

He trabajado con otros pastores que parecían verdaderos padres preocupándose de que el trabajo estuviera bien, ayudándome a visitar a la gente, interesándose por mi salud, por mi situación financiera; en fin, por todas mis necesidades. Supieron valorar mi trabajo, cosa que me llenó de aliento y ánimo para la lucha.

En forma especial recuerdo a un pastor, a quien mucho aprecio por su dedicación a la obra del Señor, que reunió a los instructores un día muy frío de invierno, cuando se hacía casi insoportable el andar en la calle, y nos dijo: "Mis amigos, los días son muy fríos, comprendo todo, pero se nos ha encomendado el trabajo más grande dado a los seres humanos, rescatar las almas para el Señor y debemos hacerlo con amor, lealtad y sacrificio, pero con gusto y aunque haga frío. Si alguno no tiene abrigo suficiente yo le ayudaré a adquirirlo y ustedes me lo devolverán cuando pue-

dan. He vendido algunas cosas que tenía sin necesitarlas y les puedo ayudar". Eso es inolvidable; revela el cariño y el amor de un verdadero pastor.

P. ¿Cuáles son las cualidades positivas que Ud. espera de un pastor, en lo que tiene relación con su vida espiritual, su consagración?

R. Las virtudes que más aprecio son: integridad, es decir, que viva lo que predica y sea una fuente de inspiración para la instructora; pureza en sus pensamientos y actos; vocación por la obra que realiza; que ame la obra y la ponga en primer lugar en su vida; que ame las almas; que sea amplio, no legalista, pero fiel a los principios y normas; paciente, que no se enoje y que sepa guardar cordura en los momentos difíciles, tanto en su trato con la instructora como en la iglesia; que considere que su instructora es un alma por la cual tiene la obligación de velar en la misma medida en que lo hace con cualquier otro miembro de la iglesia.

P. Hay principios de ética cuyo respeto ayuda a mantener las buenas relaciones. ¿Son ellos muy importantes en el ministerio? ¿Qué virtud aprecia Ud. en un pastor en ese aspecto?

R. Es muy vasto el campo de la ética. Tendría que referirme a la ética en su trato con la iglesia, en su dirección de la junta, además de su trato con la instructora.

En cuanto a la hermandad, esperaría que sea imparcial, es decir, que trate con la misma amabilidad a todos y no sólo a un grupo de "escogidos". En forma especial es cierto esto en la aplicación de la disciplina eclesiástica. Debe el pastor ser recto y aplicarla a quien sea y no sólo a los hermanos humildes. Además, que no se comprometa con tantas cosas que no pueda cumplir, pues una actitud tal le puede granjear la fama de mentiroso; que respete las opiniones ajenas y permita e impulse las buenas ideas, sin importar de dónde han venido.

En el trato con sus colaboradores, desearía que fuera leal, franco, comunicativo y equilibrado. Que les tenga confianza y que les diga cuando algo no está bien y en qué aspectos debe mejorar, pero que no lo diga a quienes no corresponda; que por su aprecio a nuestro trabajo nos estimule a la acción, al progreso, a la superación, y que su cortesía y su caballerosidad no sean de tipo "profesional", es decir, sólo reservadas al púlpito sino que las demuestre también en el trabajo.

P. Hay casos en que trabajan en una misma iglesia como colaboradores del pastor una instructora y un aspirante. ¿Qué recomendaciones haría Ud. al pastor para evitar posibles roces o aún rivalidades entre ambos?

R. La instructora espera que el pastor no permita que se diga en público que el aspirante es su mano derecha, sin incluir también el trabajo de ella. La gente a veces piensa que el aspirante trabaja y que la instructora no, ya que aquel es más visible en público en la dirección de las reuniones. Si alguien comete la imprudencia de decirlo, el pastor debería decir "son mi mano derecha", incluyendo a ambos. Así ayuda a los dos.

La instructora, creo yo, debería ser miembro de la junta de la iglesia pues podría ser de gran ayuda allí, ya que conoce a muchísimos miembros de ella. Trabajé una vez con un pastor que, cuando presentaba a la junta a los nuevos hermanos, me invitaba a asistir a la reunión. Al iniciarla se disculpaba por haberme invitado diciendo: "La invito porque ella es quien conoce a los candidatos". ¿No le parece que eso es injusto?

P. ¿Qué podría decir en cuanto a la organización del trabajo en la iglesia o en una campaña y de la ayuda que la instructora espera del pastor?

R. Pocas cosas desalientan más a una instructora como tener que trabajar a las órdenes de un pastor que no sea trabajador. El entusiasmo es contagioso y nosotras todavía no somos ángeles, de manera que las actitudes

del pastor se nos contagian. En la práctica, es esto lo que espero: que sea organizado, que tenga un plan y que lo comparta con nosotros. Que comparta el trabajo, pero en forma justa. Que no se quede con lo más promisorio y nos deje lo difícil. En esto pensamos que los "culpables" son los administradores que nos hacen informar por separado la cantidad de gente preparada para el bautismo. Es lógico, ellos tienen que preparar sermones, hacer visitas pastorales y demás, y se alivian a veces "a costilla nuestra". Opinamos que sería mejor, en bien del compañerismo que nos debe unir y para resolver el problema antes enunciado, que todos los bautismos se informen a través del pastor.

Preguntamos: ¿debe el pastor proveernos de trabajo o tenemos nosotras que buscarlo como podemos? Sabemos que es nuestro deber aprovechar cuanta oportunidad se nos presente, pero a veces nos hemos encontrado en situaciones casi angustiosas por no tener interesados y tampoco notar preocupación en el pastor por conseguirlos. Para una instructora bíblica es penoso tener poco trabajo. Sabemos demasiado bien que a menos que tengamos nuestras manos bien llenas será imposible rendir lo que de nosotras se espera. El pastor tiene otras áreas de rendimiento, pero nosotras, si andamos mal, es la única que tenemos; no nos queda nada con qué consolarnos.

Creo que es importantísimo atender los llamados que los interesados le hacen cuando necesitan ayuda espiritual. Es muy agradable ver a un pastor que no mira el reloj ni el calendario cuando se trata de ir en auxilio de un alma. Y eso causa un impacto sobre quienes dependen espiritualmente de él. Por supuesto, es importantísima la ayuda que el pastor puede dar al visitar a los interesados con la instructora. El trabajo de ésta es personal, pero hay casos en que se hace necesaria la visita del pastor. El no atender un caso de éstos o hacerlo después de pasado el tiempo oportuno, puede llevar a perder el trabajo de la instructora, y lo que es peor, esas personas pueden tomar caminos que difícilmente abandonarán.

Me agrada trabajar con un pastor que está a tiempo en las reuniones y en los demás compromisos. Eso habla muy bien de él.

P. Es sabido que hay momentos difíciles en la experiencia de toda instructora bíblica. ¿Cree Ud. que el pastor puede hacer algo para ayudarla en esos trances?

R. En el trabajo de la instructora hay muchas satisfacciones y alegrías al rescatar almas para el Señor; pero, ¿por qué no decir que también hay momentos sombríos y tristes cuando no se puede lograr el fruto del trabajo hecho? Es ahí cuando la instructora necesita el apoyo y comprensión de los superiores.



Es cierto que trabajamos para Dios, pero no debemos olvidar que somos seres humanos y que cuando se hace lo mejor dentro de nuestras capacidades nos gusta que nos alienten personalmente o por escrito. La instructora por lo tanto espera que el pastor comprenda que una mujer que trabaja todo el día en la calle no es un hombre. Espera encontrar comprensión y consideración. Nada hay que nos anime tanto como una palabra de aprecio. A la vez esto lleva a la iglesia y a los interesados a confiar en su trabajo. Hay momentos cuando de veras sentimos la necesidad de oír que alguien hable positivamente sobre nuestro trabajo. Creo que no hay ser humano que sólo tenga virtudes o defectos. Sabemos que cometemos errores. Queremos pensar que un poco de lo otro también tenemos. Quizá los pastores podrían aumentar nuestro rendimiento si fueran menos remisos en agradecer lo que haya de positivo en nuestra tarea. Cuesta poco y vale mucho.

Debo agregar finalmente que una instructora espera compañerismo. Los administradores trabajan en un ambiente lindo en compañía de otros pastores. Nuestros jefes, aunque en menor grado, respiran también un poco de ese ambiente. La administración de la iglesia y las visitas pastorales los ayudan. Nosotras, en cambio, estamos el día entero respirando incredulidad, duda, problemas, etc. ¡Cuánto necesitamos sentir que nuestro pastor es nuestro compañero, que se interesa en nuestro trabajo y que nos ayuda a hacer alguna visita de vez en cuando, que cuando hay triunfos son de ambos y que los fracasos también hay que repartirlos! (A veces sólo son compañeros para saber cuántos candidatos tenemos para el bautismo. . .)

P. ¿Cree Ud. que hay algo que podamos hacer para aumentar el número de instructoras bíblicas?

R. Creo que hay dos razones por las cuales no tenemos más damas en esta tarea: la primera es que hay pocas interesadas en realizarla, pues las alumnas de nuestros colegios son atraídas por otros ramos de la obra tal vez más fáciles o a los que se da más valor tales como el magisterio, secretariado, enfermería, etc. La segunda es que no hay mucha demanda de instructoras y algunas al terminar el colegio han sido empleadas como maestras, lo cual en algunos casos, es un drama pues no han recibido preparación especializada o tal vez no tengan vocación para ese trabajo.

La solución, a mi juicio, es que se inspire a señoritas de talento y vocación a entrar en el ministerio bíblico realizando la tarea ante la hermandad a través de una buena campaña. Junto con ello que se tomen medidas para emplear más instructoras ya que, desde el punto de vista económico, somos baratas, y desde el punto de vista del rendimiento somos efectivas, pues podemos llevar a la decisión a muchísimas personas. La Hna White declara que debería haber veinte donde ahora hay una sola.

Queda el desafío en el corazón de los lectores. A los pastores que tienen la dicha de tener en su iglesia una instructora bíblica, les recomendamos alentarla para que cumpla su misión con mayor alegría. A quienes descubran elementos que podrían ser útiles a la causa, a instarlas a recibir una preparación cabal en el colegio y dedicarse a la ganancia de almas. A los administradores a hacer un lugar en el presupuesto para que haya más mujeres consagradas realizando esta santa labor. Y a todos a orar por ellas, pidiendo al Cielo que las fortalezca y proteja para que su misión sea cumplida con la unción celestial.=



Cómo Tratar con los que no Creen en la Biblia

Kathleen Brownell

La otra clase de incrédulos está constituida por los que, aunque honrados y sinceros en su escepticismo, aún están dispuestos a prestar consideración favorable a la evidencia en favor de la Biblia. Al tratar con esta clase de gente debemos tratar de entender las causas que fundamentan su incredulidad. Un poco de tiempo ocupado en familiarizarnos con ellas a fin de descubrir algo de sus antecedentes personales, será tiempo bien empleado. Algunos de los factores que contribuyen al escepticismo de estas personas son los siguientes:

1. Se han criado en un hogar no cristiano o aun impío. Este solo hecho debiera hacernos sentir simpatía por ellas, al notar la poderosa influencia ejercida por la atmósfera de un hogar apartado de Dios.

2. Las enseñanzas de la educación modernista. La evolución y las así llamadas "evidencias" contra la Biblia.

3. La confusión de las enseñanzas de las iglesias populares.

4. Las inconsecuencias en la vida de los profesos cristianos.

Cuando entendemos todas esas causas que han contribuido a la actitud del incrédulo sentimos compasión por él y comprendemos su gran necesidad de ayuda. Esto nos lleva a manifestarle gran bondad y paciencia al tratarlo. Con frecuencia vamos a descubrir que la incredulidad se refiere particularmente a ciertos puntos fundamentales, algunos de los cuales son dudas en cuanto a la autenticidad de los manuscritos y traducciones de la Biblia, du-

HAY dos clases principales de incrédulos. En primer lugar, están los que no tienen interés en considerar ninguna evidencia en favor de la Biblia, que sólo desean manifestar desprecio hacia la misma, discutiendo y haciendo uso de argucias. Rara vez se puede ayudar mucho a este tipo de personas, porque no desean ser ayudadas. Se las debe tratar con bondad pero con firmeza. No se les debe permitir que ocupen gran parte de la hora del estudio bíblico comentando sus dudas y poniendo a la Biblia en ridículo. Un método que me ha resultado efectivo es el de preguntarles con calma si alguna vez han leído la Biblia entera. Por lo general responden que no. Entonces les pregunto si les parece imparcial y serio criticar un libro que nunca han leído. Con esto suelen entender el punto.

das concernientes a la inspiración de los escritores de la Biblia, creencia en la existencia de contradicciones en la Biblia y falta de voluntad para adherirse a los requerimientos de la Biblia.

Al hacer frente a estas objeciones definidas debemos presentar toda la evidencia y las pruebas que podamos para contrarrestar sus dudas. Por ejemplo, debemos proporcionarle información acerca de los manuscritos y traducciones, mencionando fechas, hechos y así por el estilo, lo que a menudo le mostrará al incrédulo que ha estado mal informado en lo que concierne a este importante aspecto. El esclarecimiento de este error pavimentará el camino para el establecimiento de la fe en la autenticidad de la Biblia.

Al tratar las dudas acerca de la inspiración de los escritores bíblicos he descubierto que las profecías son una de las más poderosas pruebas de la inspiración de la Biblia. Esto incluye muchas de las profecías que tienen que ver con naciones y su cumplimiento, profecías acerca de Cristo y de su obra, y la manera en que se cumplieron, y por supuesto, las importantes profecías simbólicas. Juntamente con la presentación de las profecías con frecuencia será necesario incluir hechos históricos y evidencias aportadas por la arqueología, y tendremos que presentar suficiente cantidad de material de esas fuentes para mostrar la exactitud del registro bíblico y de sus profecías. Quizá necesitemos hacer mención de datos astronómicos para establecer la cronología de la Biblia. Es especialmente importante ubicar la fecha en que se dio una profecía a fin de probar que la misma fue dada muchos años *antes* de su cumplimiento, y poner así de manifiesto la inspiración de la Biblia.

Es recomendable explicar en forma completa el plan fundamental de estudio de la Biblia que vamos a seguir. Dejar que un pasaje explique otro y reunir información completa sobre un tema haciendo acopio de versículos es un plan familiar para nosotros, pero por lo general resulta dificultoso de entender para el incrédulo. Sin embargo, si podemos llevarlo a que acepte

este plan de estudio de la Biblia, habremos avanzado bastante en el camino de la ayuda para el aprendizaje de la verdad. Esto nos capacitará para mostrarle la maravillosa armonía de la enseñanza bíblica a través de todo el Libro y en cualquiera de sus temas. También nos capacitará para enseñar desde el lado positivo del asunto, y no del negativo. (Esto es muy importante porque la mayoría de la información del incrédulo ha sido de tipo negativo.)

El establecimiento del plan del estudio bíblico nos otorgará la ventaja de colocar toda la consideración del tema sobre la base de lo que la Biblia dice, y fuera de la base de la opinión personal. De hecho, la meta de presentar toda la evidencia debiera ser emplearla como la autoridad. Desde luego que ésta es la única base correcta, pero en el caso de un incrédulo puede llevar cierto tiempo establecer este hecho. Por lo tanto no se desanime si le parece que la tarea es lenta y no espere lograr demasiado en poco tiempo. Quizá todo lo que puede hacerse durante el primer o segundo estudio es poner en marcha un tren de pensamiento por los carriles correctos en la mente del escéptico. Acepte eso con alegría y continúe trabajando. A caso lleve tiempo y esfuerzo poner un fundamento sobre el cual podamos después edificar, pero habrá valido la pena si un alma se salva.

Es importante adoptar una actitud serena, cortés y solícita, y mantenerla invariablemente. Si logramos convencer al incrédulo de que somos sus amigos y de que somos sinceros en nuestro deseo de ayudarlo, habremos puesto otra base firme en nuestra obra de conducirlo a la verdad. Si, posteriormente, podemos llevarlo a que lea por sí mismo ciertos pasajes selectos de la Biblia; y sobre todo, si podemos conducirlo al Señor Jesucristo y mostrarle algo del amor de Dios por él, habremos alcanzado el cumplimiento de un esfuerzo para ganar un alma planeado con mucho cuidado y oración, y esa alma, me parece a mí, será una por la cual los ángeles del cielo se regocijarán especialmente.=

ORIENTACION PARA

Louise Klei



LA OBRA de la instructora bíblica requiere habilidad para planear y llevar a cabo el programa diario personal de un modo independiente. A menos que la instructora forme parte de un equipo de evangelismo y por eso mismo reciba constantes instrucciones, puede serle necesario desarrollar su tarea sin mucho consejo. Esta es siempre una experiencia difícil para una instructora joven. Quizá deba preceder al evangelista en muchos meses antes de que éste realice sus reuniones públicas. Tal vez viva demasiado lejos de la oficina de la asociación, adonde podría recurrir en busca de consejo; la proximidad le facilitaría una ocasional entrevista con el presidente del campo. Cuando se le pida que trabaje en tales condiciones de aislamiento debiera esperar hasta que se realice la reunión de obreros de la asociación, donde puede recibir ayuda de otras instructoras bíblicas.

Desde luego que no todas las principiantes entran en la obra bíblica en esas condiciones. Algunas son cuidadosamente dirigidas y custodiadas por sus dirigentes; otras deben aprender muchas lecciones en la escuela de los golpes duros. Lo primero sería la experiencia deseable, pero no siempre ocurre. Por eso la principiante recibirá con aprecio algunas sugerencias valiosas de alguien que todavía está consciente de algunos problemas específicos en esa etapa de desarrollo. Marzella Sell Miller, joven instructora de éxito, aporta aquí algunas sugerencias útiles.

PRIMERAS IMPRESIONES COMO PRINCIPIANTE

“Al comenzar a trabajar por primera vez en la obra bíblica la instructora nueva comprueba que lo que aprendió en las aulas y la preparación para presentar estudios bíblicos le han dado sólo un pequeño respaldo para la experiencia real de encontrarse con la gente y presentarle la doctrina bíblica.

“A menudo la tarea de visitar a la gente y contestar sus preguntas es algo que casi la abruma a una. Para mí lo ideal es que una instructora co-

mience su tarea en una campaña de evangelismo, porque cuando el trabajo está todo organizado y se han hecho planes para realizarlo en grupo, la instructora bíblica se siente mejor preparada y sabe lo que se espera de ella. Un buen comienzo prepara el camino para que la obra futura sea exitosa.

A PRINCIPIANTES

Kleuser



“Hay unas pocas trampas que he descubierto que las instructoras bíblicas deben evitar al comenzar su trabajo. Una es que después de haberse entregado a la gente publicaciones o invitaciones varias veces, al punto de familiarizarnos, permitimos que nuestras visitas se conviertan en meros

contactos sociales. Nuestro propósito es abrir la Biblia y presentar cuando menos un pensamiento o un pasaje y tener una oración. Y la gente espera que lo hagamos, si hemos comenzado de una manera correcta. Pero si la instructora no hace eso tan pronto como la invitan al hogar, a veces descubre que es algo difícil tratar de hacerlo después de algún tiempo.

“Una principiante debe cultivar la habilidad de dirigir la conversación hacia temas espirituales. Por lo general la más mínima referencia a las condiciones del mundo puede desembocar en el tema de la segunda venida de Cristo, y muchos otros asuntos que se comentan pueden también convertirse en lecciones espirituales.

“Una debe aprender cómo crear interés de manera que puedan arreglarse los estudios futuros. Con cierta frecuencia la instructora bíblica se encuentra con alguien que está lleno de preguntas que ella trata de responder de una sola vez. Si puede convencer a la persona de que el tema en que está interesada le ocupará media hora para explicárselo y de que en ese momento no tiene tiempo, pero le sugiere otro día o la semana próxima, puede a menudo comenzar una serie de estudios que de otra manera no hubiera iniciado si hubiese respondido a sus preguntas lo suficiente como para satisfacer su curiosidad en el primer momento. Estas son unas pocas lecciones que he aprendido y estoy aprendiendo todavía, y que pueden ser de provecho para otras instructoras nuevas.

“La relación con una obrera de experiencia es una real ventaja para cualquiera que se esté iniciando en esta línea de servicio. En mis primeros tiempos pasaba un día por semana con una obrera de experiencia, simplemente haciendo contactos y visitas misioneras. Mediante la observación de sus métodos de aproximación y su respuesta a las preguntas de distinto tipo que surgían yo recibí un inapreciable entrenamiento. Después durante la campaña pasamos el día visitando gente de mi zona que estaba confundida en ciertos puntos, y a aquellos a quienes me había resultado difícil conven-

cer de varias doctrinas. Para una principiante, esa ayuda es de valor incalculable.

“Me ha resultado maravillosamente útil asistir a la serie completa de estudios de otra instructora y tomar nota en detalle. Es sorprendente cuántos puntos diferentes destaca, que pueden incluirse sin problema en la serie propia de estudios. Nuevos pensamientos y nueva luz acerca de diferentes pasajes siempre le ayudan a una a obtener una nueva comprensión y un significado más amplio de los temas que presenta.

“Creo sinceramente que el estudio de la Biblia en el hogar, con un auditorio de una persona o varias produce una satisfacción y compensación mayores que cualquiera otra tarea que se pueda realizar”.

* * * * *

Los muchos y variados problemas de la instructora bíblica nueva no pueden ser comentados en extensión, pero aquí se presenta una lista de algunas indicaciones útiles para la principiante. Estas breves sugerencias le harán tomar conciencia de ciertas necesidades y la incitarán a un estudio más detenido de algunos problemas específicos que probablemente están por aparecer.

INDICACIONES ÚTILES PARA LA PRINCIPIANTE

1. Tenga la seguridad de que Dios la está guiando personalmente, de que usted ha sido llamada a la obra bíblica.

2. Cerciórese de los planes que la asociación tiene para usted, de su relación con la iglesia local y con las otras iglesias del distrito.

3. Haga contactos amistosos con sus compañeros de tareas y con los dirigentes de la iglesia local.

4. Fije su residencia en un lugar conveniente y organice con esmero su pequeño hogar.

5. Tenga una hora regular para levantarse. Observe sus momentos devocionales y de estudio.

6. Haga un plan para su actividad diaria, aun cuando al presente su trabajo no requiera urgencia. Manténgase en la búsqueda de nuevos interesados. Haga una lista de todos los posibles interesados para visitarlos.

7. Use un plano del lugar para organizar sus visitas. Recuerde bien las direcciones. Familiarícese cabalmente con los medios de transporte.

8. Siga un plan definido para visitar los hogares de su zona. Esté atenta a las nuevas indicaciones para aumentar su lista de interesados.

9. Haga arreglos para asistir a reuniones regulares de lectura de la Biblia.

10. Considere su tarea como una feliz aventura en favor de Dios. Sea entusiasta.

11. Mantenga un porte digno, pero sea sociable. Transmita la impresión de que sabe cómo mejorar las horas de cada día. Que todas sus visitas tengan un propósito.

12. Cuando le asignen una parte en el programa de algún departamento de la iglesia, esté preparada y sepa lo que va a decir.

13. Repase cada día el desarrollo de sus actividades y analice los resultados. Aprenda dónde fortalecer los puntos débiles de su obra.

14. Sea ingeniosa y no tema trabajar duramente.

15. Haga con calma lo mejor que esté de su parte y manténgase optimista. El éxito es el resultado del esfuerzo sincero.

16. Escriba al presidente de su asociación por lo menos una vez por mes. Infórmele del progreso de su trabajo y pídale consejo. Se trata de un hombre ocupado, así pues, vaya al grano en seguida.

17. Envíe con rapidez su informe de trabajo. Solicite ayuda para los problemas especiales, sean económicos o de otro tipo.

18. Planifique sus gastos y manténgase dentro de su presupuesto. Practique la economía a fin de poder dar más generosamente para la causa de Dios.

19. Aproveche toda oportunidad de asistir a las reuniones de obreros de la asociación. Esté a tiempo. Sea amistosa con sus colegas.

20. Haga la segunda milla para ayudar a la gente. Aseste sus golpes

Almas en la Balanza

Louise Kleuser



ATRAER hombres y mujeres del pecado a la justicia es la obra de Dios. Ciertamente, se ha propuesto emplear al hombre con sus limitaciones humanas para que ayude a las almas a levantarse del reino de las tinieblas al de la luz del Evangelio, pero nunca debemos perder de vista el hecho de que "al presentar el Espíritu un llamamiento más directo, el alma se entrega

gozosamente a Jesús", y esa alma ganada "es el resultado de una larga intercesión del Espíritu de Dios; es una obra paciente y larga" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 144).

Conducir a las personas a una decisión en favor de Cristo y del mensaje no es algo que se realice en un momento; ni se produce como resultado de un esfuerzo hecho a medias y de

donde tengan efecto. El trabajo exitoso en la obra bíblica es más que mantenerse muy ocupada.

21. La verdad tiene sus opositores, pero siempre triunfa. Haga frente a las objeciones con tacto; ganará amigos para la verdad.

22. En una crisis, ore y mantenga la esperanza. Una tendencia moderada y juiciosa nunca está de más.

23. Cuide su aspecto. Que su manera de vestir hable de su profesión. Cuando tenga alguna duda en cuanto a lo que es correcto, sea muy moderada pero nunca ridícula.

24. Cultive un pasatiempo, pero úselo como una distracción de su trabajo y una bendición para los demás.

25. Absténgase de publicitar sus buenas obras. Es mejor que se descubran por la influencia que ejercen.=

un modo intermitente. Debe haber un entorno para una decisión tal, que es de peso, y los elementos humano y divino deben combinarse para hacerla posible.

El obrero evangélico debe comprender las fuerzas que intervienen en el trámite de la decisión. Debe recordar que la lucha entre la verdad y el error, especialmente en la actualidad, es una horrenda batalla contra la indiferencia, el fanatismo, la incredulidad y el temor. El enemigo es habilísimo en el arte sutil de la confusión, y la dilación y la oposición obstinada a la verdad son sus productos derivados. Ha cegado de tal manera el corazón de los hombres que para éstos las tinieblas aparecen como luz, o la luz como tinieblas. El enemigo no deja de emplear armas diabólicas, obstáculos o supuestos beneficios con el alma que está por decidirse.

Cuando llega la hora de la decisión —y hay una hora cuando tal instancia es no sólo oportuna sino decididamente urgente para la salvación— la acción debe manifestarse de parte del alma vacilante. El instrumento humano que dirige la exhortación debe emplear la totalidad de la fuerza de una personalidad santificada para que sea de ayuda en la toma de la decisión. La exhortación debe convertirse en la misma invitación de Dios para esa alma que está luchando. En ese momento es imperativo que la relación de la instructora bíblica con Dios sea de tal naturaleza que el Señor pueda usar sus palabras como un llamamiento atrayente al solicitarle a las almas que dejen el error y se vuelvan a la verdad. En cierto sentido se realiza una obra de mediación. “Reconciliaos con Dios” es el sentido del llamamiento para quien está por decidirse.

La “palabra implantada. . . puede salvar vuestras almas” (Sant. 1: 21). El obrero debe tener un conocimiento completo de la Biblia. Es la “espada del Espíritu”, que el soldado de Cristo usa para tomar efectivamente por asalto la ciudadela del alma. El lector debe reconocer claramente lo que Dios espera que él haga en esa hora crítica. La Escritura, de una manera oportuna

y específica, debe ser apuntada directamente al alma en la balanza; y esto ha de hacerse con tacto y persuasión. Los hombres pueden tratar de esquivar todas las exhortaciones humanas, pero no pueden hacerlo por mucho tiempo con los llamados de Dios; tampoco pueden cambiar la palabra del Señor. Ningún argumento es más importante ni se conoce método mejor para que se produzca la decisión correcta.

Quien se dedica a ganar almas debe tener presente que Dios no hace a los hombres según un mismo molde. Se necesita una especial provisión de gracia para estar en condiciones de “discernir los espíritus” de los hombres. Jesús dominaba bellamente ese arte. “Sabía lo que había en el hombre” (Juan 2: 25). Debemos conocer a los hombres *antes* de conocer los métodos para ganarlos. Un toque de simpatía es vital en esta etapa del esfuerzo. Del recuerdo angustioso del Getsemaní de nuestra propia alma surgirán las expresiones de simpatía que harán vibrar una cuerda de respuesta en la experiencia del alma en lucha. Es una “obra delicada” que exige dulzura, compasión, paciencia y persuasión. Cuando Dios usa con poder al ganador de almas consagrado, el corazón pétreo se suaviza, caen las barreras del prejuicio y la dilación se transforma en decisión.

Después de una serie de victorias sucesivas en ayudar a la gente a decidirse en favor de Dios existe siempre el grave peligro de que la instructora comience a sentir que domina los únicos métodos y técnicas correctos que se conocen. Pero la confianza profesional puede inducir a robarle a Dios el poder y la gracia que sólo a él le pertenecen. Quien esté afectado por esta confianza propia descubrirá que se le embotan sus agudas facultades ganadoras de almas. Su experiencia puede ser similar a la de la enfermera profesional que se endurece tanto frente a las escenas del cuarto del enfermo que aunque su pericia como enfermera vaya en aumento su corazón está encallecido a la angustia real de los dolores del mundo. Esto puede re-

saltar cierto también en la línea de la atención espiritual.

Recuerdo varias ocasiones en que me desperté durante las horas de la noche, con fuertes impresiones en mi mente acerca de alguien por quien estaba trabajando. Se me presentaba entonces con claridad el siguiente paso que debía dar para ayudar a esa alma a ganar la victoria —aun las palabras que iba a emplear para reforzar la exhortación resonaban en mi mente. No hace falta decir que al seguir esas impresiones la decisión se producía pronta y fácilmente. Recuerdo que esto resultaba especialmente cierto cuando se trataba de individuos muy temperamentales. La disposición de ánimo afecta directamente las reacciones y éstas a menudo desconciertan a la instructora, quien debe estar en constante relación con Dios para saber cómo tratar con toda clase de personas.

La persuasión de las almas en favor de Dios no es la experiencia del vendedor común que va de puerta en puerta vendiendo enciclopedias, artículos para el hogar o cosas semejantes, aunque algunas de las técnicas sean las mismas. No es una lucha de agudezas, empeño a fondo en el arte de vender o impulso repentino de una persona por la decisión. La solicitud más tierna a un alma para que se rinda a Dios es lo que más pesa en la decisión. Debe estar presente la convicción de que

quien enseña la Palabra es un “maestro enviado de Dios”. Entonces la tendencia a derramar o evitar la decisión por la verdad a menudo se transforma en acción y entrega incondicional.

El fruto que permanece firme a través de las pruebas espirituales y de las tormentas es un milagro del Cielo, en el cual no hay lugar para la gloria humana. Es un proceso que nunca puede ser analizado por completo en términos humanos o mediante comparaciones comerciales, y el calor de esta experiencia espiritual se enfría toda vez que el frío profesionalismo emplea la vara de la estadística para medirlo.

En la hora crítica de la decisión la instructora debe manifestar las cualidades de Elías y Juan el Bautista. Es una mensajera de Dios con el solemne mensaje: “Si Jehová es Dios, seguidle”, y, “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. La Palabra del Señor habla mediante ella y debe ser presentada sin temor ante sus hijos. No es una tarea fácil, pero es su deber ineludible. Aun en nuestros días Dios se complace en emplear instrumentos humanos en tal medida que las almas que hacen su decisión realmente ven a Cristo en la mensajera, y no se atreven a rechazar su mensaje. ¡Oh, que haya más de este poder en nuestro ministerio en favor de las almas que vacilan! =

¡Los Frutos!

Rosa Pizzolanti

UNA católica sincera, íntegra, muy activa y vinculada con las actividades de su iglesia en la zona, y sobre todo, de mucha influencia, comenzó a asistir a las conferencias. Contaba en esa época con unos 45 años aproximadamente. Era culta, de buena presencia, incansable lectora, pintora, y con una gran simpatía personal. Según sus propias palabras, ella buscaba la ver-

dad. Se nos ocurría a mi compañero de tareas y a mí que de convertirse, esta buena señora sería de gran ayuda para la iglesia que recién estaba naciendo.

Asistía a todas las reuniones con una inseparable amiga, también interesada. Amaba entrañablemente a su iglesia, a la Virgen María su intercesora, y no soportaba el tema de la re-

surrección de los muertos, sencillamente porque era una ardiente defensora de la doctrina de la inmortalidad del alma. Vez tras vez me repetía su desagrado al escuchar este tema en las conferencias y cultos. ¡Cómo era posible que esa doctrina tan hermosa, abrazada por los grandes poetas y filósofos de todos los tiempos no tuviera base bíblica! ¿Era posible que a través de los siglos tantos estudiosos y eruditos estuviesen equivocados? Esto me lo decía en reiteradas oportunidades y me citaba nombres de filósofos y escritores y títulos de libros leídos sobre ese tema.

En su casa se celebraban semanalmente reuniones, a las que asistía un selecto grupo de señoras, dirigidas por uno de los más destacados sacerdotes del lugar, hombre joven y muy estudioso. Según nuestra amiga, había en la presentación de esos temas mucha

belleza, mucha forma, pero nada de contenido. Me comentaba que luego de esas reuniones se sentía vacía. Durante las mismas, nuestra amiga no perdía oportunidad de elogiar al conferenciante, a las conferencias adventistas, y comentaba lo mucho que aprendía cada vez. Notaba miradas frías cuando vertía esos conceptos, pero el joven sacerdote, muy listo, le decía que tenía razón, que esas reuniones eran muy buenas y que la Iglesia Católica sola no podía predicar el Evangelio, que también "necesita la colaboración" de los adventistas.

Ella continuaba asistiendo puntualmente a todas las conferencias y también a las reuniones de adoración los sábados por la mañana, siempre acompañada de su amiga. Pero nos dábamos cuenta de que todavía se sentía muy ligada a su iglesia, y de que no le sería fácil abandonarla.



La Mujer que se Negó a Ser una Amargada

“CIERTA profetisa, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser; era de grande edad, habiendo vivido con su marido siete años desde su doncellez; y era viuda de hasta ochenta y cuatro años; la cual no se apartaba del templo, sirviendo a Dios noche y día, en ayunos y oraciones” (Luc. 2: 36, 37, VM).

De estas palabras inspiradas aprendemos varias cosas acerca de Ana. Era hija de Fanuel. Era profetisa. Probablemente tuviese unos cien años en el momento de la dedicación de Jesús. Había estado viuda durante ochenta y cuatro años.

Muy al comienzo de su vida matrimonial la muerte se había hecho presente en su hogar. Su joven esposo falleció. Quedó viuda, y una viuda, en cualquier país del Oriente es la criatura más desolada que pueda existir. He ahí a una mujer joven que quedó sola y con un oscuro porvenir ante ella.

Cuando la tragedia hiere algunos hogares deja tras sí la amargura. “¿Por

qué, oh, por qué si hay un Dios, un Dios de amor, me deja sufrir así?” se lamentan algunos. Para otros una experiencia semejante significa el fin de la fe —y el comienzo de la amargura—, una vida de frustración. Pero no fue así con Ana.

El dolor y la pena hicieron volver a Ana más completamente al Señor que nunca antes. “No se apartaba del templo”. ¿Lamentando su desventurada condición? Ni por un momento. Alababa a Dios y hablaba de Jesús a las grandes congregaciones en Jerusalén. ¡Ochenta largos años de su vida habían sido un tributo de alabanza y servicio consagrado! Ana se negó a ser una mujer amargada.

Las penas, los sinsabores, el desánimo nos llegan a todos. Pueden endu-recernos y amargarnos. Pueden acercarnos al Señor como nunca antes. La alegre valentía de Ana brilla como un ejemplo para cada hijo de Dios: ¡No habrá amargura en nuestra vida si Cristo está en nuestro corazón! =

Un día sentí que debía hablar con ella en forma diferente. Le pregunté qué pensaba de las doctrinas bíblicas. Por fin me contestó que la Biblia y los adventistas tenían la verdad. Le dije que Dios había puesto la Biblia en su camino porque ella buscaba sinceramente la verdad. Que ahora tendría que ser muy valiente para hacer frente a sus familiares y amigos, pero que no estaba sola, y que Dios le daría fuerzas para la batalla. Que la Iglesia Adventista era impopular —le expliqué— y contaba en todo el mundo con apenas 1.500.000 miembros, frente a millones de cristianos de otras denominaciones. Que éramos muy pocos, y que por eso teníamos que esforzarnos para presentar al mundo esta verdad tan impopular. Que Dios necesitaba de

su fe, sinceridad y talento en ese momento. Quedó contemplándome un rato en silencio. Se me ocurre que esperaba que le hablase de las grandes cosas que la Iglesia Adventista estaba realizando en el mundo.

A los pocos días me dijo que había dejado de asistir a los cultos católicos, y que había decidido no celebrar más reuniones en su casa con el sacerdote. Fue visitada por los pastores y esas visitas fueron para ella y su amiga motivo de gran inspiración. Al mes y medio las dos eran bautizadas. Resultó tal como lo habíamos imaginado: un gran valor en la iglesia.

Hoy se deleitan enseñando a otros la verdad gloriosa que conocieron. ¡Gracias por el poder de Dios! =

El Juicio Investigador en el Marco del Concepto Arminiano

SEGUNDA PARTE

El Juicio Investigador en Profecía, en Símbolo y en Principio Bíblico

COMO hemos indicado en la primera parte, los adventistas del séptimo día creen que en la segunda venida de Cristo el destino eterno de todos los hombres quedará determinado irrevocablemente por las decisiones de una corte de justicia. Obviamente, tal juicio se realizará mientras los hombres aún estén viviendo sobre la tierra completamente ignorantes de lo que está sucediendo en el cielo. Es difícil suponer que Dios fracase en advertir a los hombres en cuanto a ese inminente juicio y sus resultados. Los adventistas creen que la profecía anuncia ciertamente ese juicio y señala verdaderamente el tiempo preciso de su comienzo. Además, la profecía predice un mensaje mundial que se ha de predicar a cada nación de la tierra en el que se advierte de la iniciación de ese juicio.

I. LAS PROFECIAS DEL JUICIO

1. LA CORTE CONVOCADA EN EL CIELO.—El profeta Daniel describe gráficamente una obra de juicio: “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos. . . Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Dan. 7: 9-14).

Esta escena presentada al profeta forma parte de una visión mayor referente

a cuatro bestias. Un ángel explicó que representaban cuatro reinos o dominios consecutivos que iban a regir al mundo hasta que el Dios del cielo estableciera un reino habitado exclusivamente por sus santos. “Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo” (vers. 17, 18). Puesto que estos cuatro reinos mundiales son análogos a la visión de Daniel 2, donde se dice que el primer reino es Babilonia, esta visión de Daniel 7 debe abarcar desde los tiempos del profeta hasta la segunda venida de Cristo, cuando será establecido su eterno reino de justicia. Es importante observar esto, porque el juicio descrito en los versículos 9-14 se lleva a cabo antes del fin del tiempo. Algunas de sus decisiones referentes a la bestia se ejecutan en tanto los asuntos del mundo van progresando y la supresión del dominio de la bestia bajo el control del cuerno pequeño es una obra progresiva que continúa “hasta el fin” (vers. 26).

Otra declaración de la profecía ayuda a situar al juicio en su perspectiva adecuada. Una de las obras del juicio es la de dar al “Hijo de hombre” “dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran” (vers. 13, 14). Esto debe suceder antes de la segunda venida de Cristo, porque cuando venga a este mundo en busca de sus santos lo hará coronado como Rey (Apoc. 14: 14; 19: 14-16), en toda la gloria de su Padre y de sus santos ángeles y, de acuerdo con la descripción bíblica de la escena en el libro de Apocalipsis, ningún pecador rebelde se atreverá a disputar su dominio, sino que huirá aterrorizado de su presencia (Apoc. 6: 15, 16).

Con T. Robinson (“Daniel”, *The Preacher's Homiletic Commentary* [Comentario homilético del predicador]) convenimos que el juicio que aquí se predice precede a la segunda venida de Cristo:

“Delante de nosotros tenemos un pasaje de grandeza y sublimidad abru-

madoras: la descripción de una escena de tremenda solemnidad. El pasaje presenta el trono de juicio de Dios, con miríadas de ángeles asistentes y la sanción de condenación dictada sobre una gran parte de la raza humana. En realidad, el juicio no es igual al juicio general de Apocalipsis 20. . . Es más bien el juicio de las cuatro bestias, o del Imperio Romano con sus diez cuernos o reinos, y más especialmente del 'cuerno pequeño', cuyo orgullo, afán persecutorio y blasfemia constituyen los principales cargos. . .

"*El tiempo del juicio.* Como ya se ha observado, éste no es el juicio general que se lleva a cabo en la terminación del reino de Cristo sobre la tierra o el fin del mundo, como se lo llama más comúnmente. Más bien parece ser un juicio invisible realizado dentro del velo y revelado por sus efectos y la ejecución de su sentencia. Puesto que es originado por las 'grandes palabras' habladas por el cuerno pequeño y seguido por la supresión de su dominio, puede parecer que ya se ha celebrado. Pero como no obstante la sentencia todavía no se ha ejecutado de ningún modo, ese juicio puede estar celebrándose ahora" (págs. 136, 139).

La profecía de Daniel 7 contiene otro indicio referente al tiempo del juicio descrito en la visión. En armonía con una posición protestante largamente sustentada, los adventistas creen que el cuerno pequeño de los versículos 8, 24 y 25 es un símbolo del papado, el cual ha hablado "palabras contra el Altísimo" y ha pensado "en cambiar los tiempos y la ley" (vers. 25). El cuerno pequeño iba a tener dominio sobre los santos durante "tiempo, y tiempos, y medio tiempo" (vers. 25). Se ha interpretado durante largo tiempo que este periodo es de 1260 años, fijándose su extensión entre los años 538 y 1798, y marcándose su fin con la captura del papa por parte del general francés Berthier. Fue precisamente en ese punto de la explicación cuando el ángel dijo: "Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio" (vers. 26). Aparentemente, el juicio debe celebrarse en tanto que se va quitando su dominio al cuerno pequeño.

2. LA HORA DEL JUICIO DE DIOS.—

En el libro de Apocalipsis se descubre un indicio del Nuevo Testamento acerca del tiempo del juicio investigador. "Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria,

porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas" (Apoc. 14: 6, 7). Estos dos versículos son parte de una visión presentada al apóstol Juan en la cual vio tres ángeles con mensajes sucesivos para los hombres.

Creemos que estos mensajes deben ser proclamados por mensajeros humanos dirigidos por Dios para advertir al mundo acerca de los catastróficos sucesos finales y para preparar a los hombres para encontrarse con Cristo en gloria. Los tres mensajes angélicos preceden inmediatamente a la segunda venida, según se la describe en el versículo 14 del mismo capítulo.

Nuevamente tenemos la descripción de un juicio que se lleva a cabo antes de la segunda venida de Cristo. Pero también aquí hay otro rasgo interesante. Este juicio queda descrito con la frase "la hora de su [de Dios] juicio ha llegado". En varios textos del Nuevo Testamento hallamos la expresión "el día del juicio" (Mat. 12: 36; 2 Ped. 2: 9; 3: 7; 1 Juan 4: 17), casi siempre con la inferencia de que se trata de un tiempo en el que se castigará el pecado. El apóstol Pedro iguala "el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos" (2 Ped. 3: 7) con "el día del Señor. . . en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas" (vers. 10). Pero para nuestro modo de ver "la hora de. . . juicio" es diferente. Aquí tenemos un mensaje que afirma que "la hora de su juicio ha llegado", y que se está proclamando en tanto que las naciones y tribus están aquí, sobre la tierra, para recibirlo. Hay otros dos mensajes que siguen a éste y que exhortan a los hombres a abandonar su relación con la apostasia, simbolizada por Babilonia, y les aconsejan no recibir la marca de lealtad a un poder que se opone a Dios simbolizado por una bestia. A nosotros nos parece incontrovertible la afirmación de que el juicio que se realizza en esta "hora" se produce *antes* de la venida de Cristo en gloria y mientras los hombres aún se hallan sobre la tierra.

Este juicio que se lleva a cabo antes del segundo advenimiento y en el cual se decidirá el destino eterno de cada ser humano debiera ser de supremo interés para toda la humanidad. Si hay algo que los hombres pudieran hacer para influir sobre las decisiones de ese juicio, ciertamente cada persona desearía saber cuándo se va a celebrar y cómo puede relacionarse

con él a fin de asegurarse una decisión favorable para su propio caso. Los adventistas creen que el tiempo del juicio *está* anunciado en la profecía, y que los hombres pueden ser advertidos con anticipación. Comentaremos la naturaleza del juicio investigador después de considerar la profecía referente al tiempo que fija la fecha de este importante acontecimiento.

3. EL TIEMPO DEL JUICIO.—La profecía bíblica que revela el tiempo del juicio se halla en Daniel 8: 14: “Y él dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. La relación existente entre la purificación del santuario y el juicio investigador será comentada en la sección siguiente. Aquí trataremos solamente lo relacionado con el tiempo de la profecía.

Creemos que el periodo de 2300 días de Daniel 8: 14 debe interpretarse bajo el principio bíblico de que un “día” profético representa un año literal. En otras palabras, que los 2300 días son un tiempo simbólico. La justificación bíblica de este procedimiento se halla en Ezequiel 4: 6 y Números 14: 34. Los 2300 días que preceden a la purificación del santuario, interpretados como años, se extienden desde una fecha antigua hasta tiempos muy recientes. Ya hemos demostrado anteriormente que la única base bíblica satisfactoria propuesta hasta ahora para computar esta profecía, es darle como punto de partida la misma fecha que a las setenta semanas de años mencionadas en Daniel 9. En ese comentario hemos demostrado que los detalles proféticos concuerdan exactamente cuando a ambos períodos se les fija como fecha de partida la del decreto expedido en el séptimo año de Artajerjes Longimano y puesto por obra por Esdras en el año 457 AC. 2300 años contados a partir de esta fecha conducen hasta el año 1844 DC.

Por lo tanto, los adventistas creen que en 1844 iba a comenzar algún importante suceso de los planes de Dios: en el lenguaje simbólico de la profecía “el santuario” sería “purificado”. Pero es apropiado preguntar cómo la purificación del santuario denota que en el cielo se ha de realizar un juicio investigador. La respuesta se halla en parte en la comprensión del simbolismo del antiguo santuario judío.

II. EL JUICIO INVESTIGADOR EN EMBLEMA Y SIMBOLO

El santuario en el desierto y el templo de los días posteriores fueron vívidas lecciones objetivas en el gran plan de redención de Dios para la redención de

la raza humana. Nótese los siguientes puntos:

1. Había dos fases del ministerio: *a)* la que se llevaba a cabo en el atrio externo y en el lugar santo *cada día del año* (Heb. 9: 6), y *b)* la que se llevaba a cabo en el lugar santísimo *una vez por año* (vers. 7).

2. La obra cumplida diariamente en el atrio externo y en el lugar santo era en un sentido particular la *obra de reconciliación* por los hombres. En contraste, la que se llevaba a cabo anualmente en el lugar santísimo era mayormente una *obra de juicio*. El perdón por los pecados se recibía cada día del año (incluyendo el día de la expiación). Pero este último era un día especial en que los pecados confesados eran además borrados. Creemos que en ese día Dios le daba a Israel una ilustración gráfica de su propósito de eliminar para siempre el pecado de su universo.

3. Había tres grupos especiales de ofrendas de sacrificio en el servicio simbólico: *a)* los sacrificios de la mañana y de la tarde (hebreo, el *tamid* —“el continuo”), *b)* las ofrendas individuales del pecador, y *c)* las ofrendas especiales del día de la expiación.

4. Cada día del año, de mañana y de tarde, se ofrecían sacrificios en favor del pueblo. De esa manera se proveía de expiación para todos los hombres, no importa cuál fuese la actitud de ellos hacia esa provisión. Dondequiera viviese el pueblo podía elevar su corazón a Dios, volver su rostro a Jerusalén, confesar sus pecados y beneficiarse con las bondadosas provisiones de la expiación (1 Rey. 8: 30). Además, el pecador individual traía su propio sacrificio si se le presentaba la oportunidad. Esos sacrificios personales eran expresión de su fe y de su aceptación de las provisiones divinas hechas para su salvación del pecado.

5. Los sacrificios especiales del día de la expiación, sindicado ya como día de juicio, eran de una naturaleza diferente. En primer lugar estaban los sacrificios que ofrecía el sumo sacerdote por él y por su casa. Pero la principal ofrenda de sacrificio en ese día se denominaba “el macho cabrío del Señor”. Se empleaban dos machos cabríos, pero uno (el de Azazel) *no era un sacrificio*. Su sangre no era derramada. *Únicamente la sangre del macho cabrío del Señor proporcionaba la sangre purificadora y limpiadora*.

6. El servicio en ese día era particularmente importante: *a)* la salvación para el pueblo era, como siempre, provista por

los sacrificios de la mañana y de la tarde; pero durante ese día *no había ofrendas individuales*; b) la sangre del macho cabrío del Señor era para el pueblo (Heb. 7: 27); era para hacer expiación para el pueblo (Lev. 16: 30); era “para hacer expiación una vez al año por todos los pecados de Israel” (vers. 34); era para “todo el pueblo de la congregación” (vers. 33); c) una vez que se hacía esto, la misma sangre expiadora, en forma simbólica, limpiaba el lugar santísimo, los altares, el lugar santo y todo el tabernáculo; d) cuando se completaba la obra expiatoria por el pueblo y por el santuario, y todos los que estaban dispuestos a ser reconciliados eran reconciliados, *entonces*, y esto lo subrayamos, *y no antes*, entraba en escena el segundo macho cabrío (para Azazel). Leemos: “Cuando hubiere acabado de expiar el santuario y el tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo” (Lev. 16: 20). En el acto que a continuación cumplía el sumo sacerdote se le daba al pueblo —repetimos— una lección objetiva de lo que Dios se propone hacer en los días finales. Los pecados se colocaban sobre la cabeza del macho cabrío vivo y luego era enviado al desierto.

7. Un estudio cuidadoso de todos los servicios de sacrificios del santuario pone en evidencia que existía un principio fundamental y definido en todos esos símbolos —que el pecado se transfería del pecador culpable tanto a la víctima del sacrificio como al sacerdote mismo. El oferente ponía sus manos sobre la cabeza de la víctima, confesando simbólicamente su pecado y colocándolo sobre el animal sustituto que había de morir en su lugar. Cuando se asperjaba la sangre, el pecado quedaba registrado en el santuario. Por medio del profeta, Dios dijo: “El pecado de Judá. . . esculpido está. . . en los cuernos de sus altares” (Jer. 17: 1). Cuando el sacerdote comía de la carne de la víctima, también cargaba con el pecado (Lev. 10: 17). El pecador individual era perdonado y así liberado de su pecado, pero en las manchas de sangre que quedaban en el santuario podía percibir en símbolo un registro de los delitos que de buena gana hubiese querido ver borrados y quitados para siempre. En el día de la expiación, cuando la sangre del macho cabrío era asperjada sobre todos los muebles del santuario tanto como sobre el altar de los holocaustos, se eliminaban los registros acumulados de los pecados del año. La Escritura dice que el sumo sacerdote “asi purificará el san-

tuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera también hará al tabernáculo de reunión” (Lev. 16: 16). “Y saldrá al altar que está delante de Jehová, y lo expiará. . . Y esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel” (vers. 18, 19). “En este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová” (vers. 30).

El cuadro simbólico parece claro. Los pecados de los israelitas, registrados en el santuario por la sangre esparcida de las víctimas de los sacrificios, eran eliminados y se acababa totalmente con ellos en el día de la expiación. El lenguaje empleado para describir la transacción sugiere la destrucción o expurgación del mismo registro del mal.

8. El día de la expiación era definitivamente considerado por los hebreos como un día de juicio, como se echa de ver por lo siguiente:

“Se creía que en el día de año nuevo. . . eran anotados los decretos divinos, y que en el día de la expiación. . . se sellaban, de modo que a la decena [de días] se la conoce por el nombre de ‘días terribles’, y ‘los diez días de penitencia’. Tan terrible era el día de la expiación que se dice en un libro judío de ritual que los mismos ángeles corren de aquí para allá, temerosos y temblando, mientras exclaman: ‘¡He aquí, el día del juicio ha llegado!’” (F. W. Farrar, *The Early Days of Christianity*, págs. 237, 238).

“Aun los ángeles, se nos dice en el ritual, son presas del temor y el temblor; corren de aquí para allá y dicen, ‘he aquí el día del juicio ha llegado’. El día de la expiación es el día del juicio” (Paul Isaac Hershon, *Treasures of the Talmud*, 1882, pág. 97).

“Dios, sentado en su trono para juzgar al mundo, al mismo tiempo Juez, Intercesor, Perito y Testigo abre el Libro de Registros. . . Suena la gran trompeta; se oye una voz tranquila y suave; los ángeles se estremecen, diciendo, éste es el día del juicio. . . En el día de año nuevo se escribe el decreto; en el día de la expiación se confirma quién vivirá y quién ha de morir” (*The Jewish Encyclopedia*, tomo 2, pág. 286).

III. EL SANTUARIO CELESTIAL Y SU PURIFICACION

La purificación del santuario profetizada en Daniel 8: 14 que ocurre al final de los 2300 días, o años, como lo hemos

mostrado, no podía aplicarse el antiguo tabernáculo judío, porque ese santuario ha dejado de existir hace casi dos mil años. El santuario terrenal y su servicio, como lo hemos indicado en las preguntas 31 y 33, era simplemente un tipo o símbolo de la obra de Cristo en la salvación de los hombres por medio de su muerte en la cruz y de su ministerio ante el Padre en favor de ellos. El libro de Hebreos expone claramente que Cristo es sumo sacerdote en un santuario en el cielo (Heb. 8: 2), donde él ministra los méritos de su sacrificio a los pecadores arrepentidos y a los santos devotos (Heb. 9: 14, 15). Creemos, entonces, que es la purificación de este santuario celestial lo que ha de cumplir la profecía de Daniel 8: 14.

¿Pero cómo podía el santuario del cielo necesitar purificación? En el símbolo, los pecados de los israelitas manchaban el santuario, y en el día de la expiación era purificado de todos esos pecados. Pero la Escritura también habla de la purificación del santuario celestial: "Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos" (Heb. 9: 23). Aquí parece claro que por la fraseología la expresión "las figuras de las cosas celestiales" se refiere al santuario o templo en los días de Israel. Después de decir esto, el autor menciona que "las cosas celestiales mismas" necesitan ser purificadas "con mejores sacrificios que éstos".

Esto, desde luego, puede ser difícil de entender a la luz de nuestro concepto de que todo en el cielo debe ser puro y santo.

Los eruditos han pensado mucho en este asunto. Después de revisar varios puntos de vista expuestos por varios autores, el profesor Henry Alford destaca:

"Pero esto no llena los requerimientos del caso. Allí no habrá así purificación, en lo que atañe a las relaciones de Dios y los hombres: en absoluto, a lo que pudiera aplicarse en alguna manera el efecto propiciatorio de la sangre. Por lo tanto debemos apoyarnos en el sentido llano y

literal: que *el cielo mismo necesitaba, y obtuvo, purificación* por la sangre expiatoria de Cristo" (*The Greek Testament*, 1864, pág. 179).

Acerca de cómo se produjo esa contaminación, A. S. Peake, otro esmerado erudito, expresa:

"Lo que quiere significarse por la purificación del santuario celestial debe determinarse por lo que significa cuando se lo aplicó al terrenal. El ritual del día de la expiación estaba destinado no sólo a expiar los pecados del pueblo sino a *hacer expiación por el santuario mismo*. El sentido de esto parecería ser que el constante pecado de Israel había comunicado una cierta impureza al santuario. De un modo similar podría suponerse que el pecado de la humanidad ha arrojado su sombra aun en el cielo" (*New-Century Bible*, "Hebrews", pág. 191; la cursiva es nuestra).

Y el muy conocido Dr. Brooke Foss Westcott agrega:

"La sangre de Cristo por la cual se inauguró el nuevo pacto estaba también disponible para la purificación del arquetipo celestial del santuario terrenal. . .

"Puede decirse que aun las 'cosas celestiales', hasta donde incluyen las condiciones de la vida futura del hombre, contrajeron por la caída algo que exigía limpieza" (*The Epistle to the Hebrews*, 1903, págs. 271, 272).

En el santuario del cielo, el registro de los pecados es la única equivalencia de la contaminación del santuario terrenal. En la siguiente sección mostraremos que los pecados de los hombres están registrados en el cielo. Es la eliminación, o borrar, de estos pecados de los registros celestiales lo que cumple el símbolo expuesto en los servicios del día de la expiación. De esa manera el santuario del cielo puede ser purificado de toda contaminación. Esta conclusión no se basa únicamente en una interpretación de los símbolos. Hay muchas declaraciones de la Escritura, directas y positivas, acerca de los métodos de Dios en su trato con el pecado y el perdón, el juicio y las recompensas y castigos.=